

Buenas tardes a todos.

Dicen que hay un momento exacto en el que dejamos de ser niños, un instante silencioso que nadie ve. No ocurre de golpe, no sucede cuando aprendemos a leer, ni cuando cumplimos dieciocho, ni siquiera cuando entramos a bachillerato. Quizá empieza mucho antes. Quizá empezó una mañana, hace muchos años, preparados para salir al escenario, nerviosos y emocionados a la vez, sin saber muy bien que hacer, pero teniendo claro que lo primero que iba a hacer era buscar a mi madre.

En tercero de infantil fuimos Peter Pan. Y, como él, pensábamos que crecer era algo lejano. Vivíamos en nuestro propio Nunca Jamás: los recreos eternos, la semana del protagonista, aprender aquello que ya saben los mayores.

Pero el tiempo nunca se detuvo y sin darnos cuenta, fuimos creciendo. Cambiamos los cuentos por exámenes, las pinturas por apuntes y las preguntas inocentes por ¿Quién soy? ¿Qué quiero ser? ¿Qué será de mi futuro?

Y ahora, después de todo este tiempo, terminamos bachillerato convirtiéndonos en Aladdín. Y tal vez tenga sentido, porque Aladdín no sabe exactamente qué le espera cuando se sube a la alfombra mágica. Solo sabe que, si se queda quieto, nunca descubrirá el mundo que hay más allá.

Quién nos iba a decir que aquel primer día, entrando al colegio con solo tres años terminaría así. Llegamos agarrados de la mano de nuestros padres, algunos llorando, otros emocionados, y seguramente ninguno imaginaba que este lugar acabaría convirtiéndose en nuestra segunda casa durante toda la vida.

Aunque muchos apenas recordemos que ocurría exactamente, estamos seguras de que todos recordamos esta etapa con mucha ternura, cariño y amor.

Era un lugar donde el tiempo iba despacio. Donde los problemas más graves eran perder un lápiz o que alguien te quitara el pegamento. Donde esperábamos ansiosos a que llegara el jueves, simplemente porque tocaba el día del juguete. Contábamos las horas para que llegase el momento mágico de salir, jugar, reír, inventarnos historias...

Esos momentos cuando dormir la siesta nos parecía un castigo horrible... aunque ahora daríamos cualquier cosa por volver a aquellas colchonetas y tener un momento de pausa y calma para respirar. Infantil era imaginación, allí empezábamos a conocernos, tanto a nosotros mismos, como a nuestros compañeros, que han dejado huella en nosotros para siempre.

A lo largo de esos tres años, la función que nos marcó fue sin duda Peter Pan, que hablaba de no querer crecer. Y eso era exactamente infantil: unos niños que pensaban que el colegio iba a durar para siempre, y no imaginaban todo lo que vendría después. Pero poco a poco empezamos a salir de Nunca Jamás.

Y entonces llegó primaria. Seguíamos siendo niños, claro... pero ya empezábamos a sentirnos mayores. Comenzaba una nueva etapa, un gran cambio en nuestra vida, ahora las clases eran en otro edificio, nuevos compañeros, nuevas asignaturas, nuevos profesores...Empezábamos a ser mayores, aunque en nuestro interior nos veíamos muy pequeños para ese gran mundo al que nos tocaba adentrarnos. Este sentimiento, no fue solo particular del salto a primaria. Es el vértigo, la incertidumbre, el miedo... que ahora nos acompaña más que nunca. Ese sentimiento agri dulce de querer avanzar pero no querer dejar lo que tengo ahora.

Pero entre clases, deberes y nuestros primeros exámenes, también fuimos llenando nuestros días de recuerdos. A medida que crecíamos, también lo hacían las actividades en las que participábamos dentro del colegio. Estamos seguras de que todos recordamos alguna de las infinitas extraescolares de las que hemos formado parte. Algunos gimnasia rítmica, otros kárate, o incluso estudio dirigido, dónde además de estudiar nos reíamos mucho.

No podemos dejar atrás el comedor y sus recreos, probablemente de los más divertidos que hemos vivido. No había un solo día en el que no estuvieran allí Jessie y MariCarmen para recibirnos con una sonrisa de oreja a oreja. También recordaremos esas bajadas al comedor donde más de uno hacía "tapón" antes de entrar, o a los expertos en colarse en la fila como si nadie se fuera a dar cuenta. Pequeñas anécdotas que nos hacían reír y que forman parte de esos recuerdos que sabemos que nos acompañarán siempre.

Como olvidar la fiesta del colegio, ese día que todos esperábamos con tanta ilusión cada año. Pasábamos todo el día corriendo por el cole: torneos de deporte, actuaciones, la tómbola... Si cerramos los ojos aún podemos escuchar a la carismática Miriam al micrófono, felicitándonos por las actuaciones y diciéndole a alguno que otro que saliese del campo para que pudiese comenzar la siguiente.

El viernes de Dolores también es un día grande en nuestro colegio. Todos los años participábamos de una forma u otra en la procesión, una tradición muy especial para todos. Fuimos de capirote, las niñas de mantilla, algunos tocando el tambor, y por último, sacamos todos juntos los tronos.

Hubo un curso que todos esperábamos con especial ilusión: sexto de primaria. Pasábamos a ser los mayores, y nos sentíamos casi invencibles. Contábamos los días para la feria del juego y el viaje de fin de curso. Aunque, claro, antes había que conservar los famosos puntos del viaje...esos que desaparecían misteriosamente cada vez que hablábamos más de la cuenta o hacíamos alguna trastada.

Justo cuando parecía que iba a ser el mejor final posible para primaria...llegó el COVID. De un día para otro dejamos de vernos en clase, y no pudimos disfrutar del viaje de fin de curso o la feria del juego, esa que habíamos vivido siempre con los

más mayores, esperando a que fuese nuestro turno. Cambiamos el recreo por videollamadas, y las copias de nuestro querido Andrés Ruíz por tareas online. Nos grabábamos haciendo deporte para educación física, tocando la flauta para música y haciendo experimentos para science, mientras nuestros padres, ya no sabían qué hacer con nosotros.

Aunque aquel final no fue como lo habíamos imaginado, también nos enseñó cosas muy importantes. Porque, al final, lo que hace especiales a estos años no son tan solo las excursiones, las fiestas o los viajes que no pudimos hacer, sino todas las personas que estuvieron a nuestro lado mientras crecíamos.

La Eso llegó sin hacer ruido, sin avisar. Nadie nos preguntó si estábamos preparados.. Nos sentíamos raros con nosotros mismos, con nuestro entorno, a veces parecía que alguien ajeno controlaba nuestra forma de actuar. Una sensación que ahora entendemos: era pura adolescencia.

Y junto a ese cambio, también llegaron muchísimos compañeros nuevos. Abríamos tanto las puertas del cole como las de nuestro corazón a nuevas personas. Y esto es algo que nos caracteriza mucho, hemos aprendido a convivir, haciendo que aquellos que se unen en el camino, sumen sin borrar todo lo que ya había. Es un placer aumentar esta familia.

Nuestra entrada a la ESO estuvo marcada por el Covid.Tuvimos que asimilar la vida con mascarillas, recreos divididos, ese metro y medio que debíamos mantener y... "la mascarilla por encima de nariz o te pongo una incidencia". Pero si algo tiene nuestra generación es que aprendió a adaptarse a todo, siempre con alegría.

Y por fin llegó el viaje a Toledo, el viaje de fin de la ESO. Ese viaje que en aquel momento comparábamos con otros y decíamos: "Bueno... tampoco es para tanto." Y ahora nos damos cuenta de que fue muchísimo más importante de lo que pensábamos.

Empezó con esos tours interminables por las calles empedradas, caminando cansados pero a la vez muertos de risas.Esos Momentos de tiempo libre: sentirnos independientes, descubriendo la ciudad por nuestra cuenta, disfrutando de esa libertad que nos parecía enorme. Esas noches en el Ébora donde dormir claramente no entraba en nuestros planes. O aquella visita al Puy du Fou,que nos dejó completamente impresionados. Y por último, la Warner, donde volvimos a ser casi niños otra vez.

Y así la ESO fue cerrándose como empezó: intensa, caótica, rebelde y llena de momentos que no se olvidan.

Sin apenas darnos cuenta entramos en bachillerato. Como si el tiempo hubiese pasado en un abrir y cerrar de ojos. De pronto nos tocaba enfrentarnos a un mundo

más exigente en el que empezábamos a tomar decisiones claves para orientar nuestro futuro, y comenzamos a demostrar quien somos, y quién queremos ser.

Llevábamos toda la vida escuchando frases como: “En bachillerato cambia todo.”, “La PAU está a la vuelta de la esquina.”, “Esto ya va en serio.” Pero nosotros nos autoconvenciamos pensando: “Todavía queda muchísimo.” Pues no, resulta que sí llegaba.

Ahora estábamos justo en medio de un viaje hacia algo desconocido, y aunque parece que ya casi empezamos a ver la luz del túnel, cuando salgamos, la incertidumbre va a ser aún mayor. Pero eso es lo bonito de la vida, vivir el presente tan intensa y significativamente, sin saber que va a pasar después, pero disfrutando cada pequeño momento del viaje.

Todo ha pasado muy rápido, hemos aprendido a sobrellevar: Los exámenes, la presión, las dudas...

Un día, entre clase y clase, los tutores llegaron con una propuesta que lo cambió todo: un viaje a Berlín. Durante unos segundos, el estrés y la rutina dejaron de existir.

Esta ciudad nos recibió con sus calles llenas de historia y esa sensación de que el pasado todavía se siente muy cerca. Esas horas libres en las que ya no nos quedaban fuerzas y acabamos en un Starbucks. La noche en el hotel, cuando un guardia golpeaba la puerta gritando “check out”, mientras Cristina nos salvaba de la situación. Siendo sinceros, no estábamos haciendo ruido, los alemanes tienen su propio concepto del silencio. Y cómo olvidar a Rocío, que decidió subirse a un patinete y mejor no recordar cómo terminó.

Cuántos recuerdos ha dejado este viaje en nuestra memoria.

Y así llegamos a segundo de bachillerato, el curso que veíamos tan lejano. Y ahora, casi sin creérselo, estamos a dos semanas de la PAU.

Empezamos el curso con fuerza y la primera semana de exámenes trimestrales nos devolvió a la realidad, recordándonos que este año no iba a ser como los demás: nervios, apuntes y poco sueño.

Sin embargo, no todo ha sido estudio. Los pasillos se llenaron de música y ensayos ya que empezamos a preparar las sevillanas para el día de María Eugenia, una tradición que por fin, nos tocaba vivir. Fue aún más especial de lo que imaginábamos, lleno de emoción, nervios y orgullo. Pero sin duda nos quedamos con la visita a la residencia, donde todos los ancianos quedaron impresionados.

Pero lo que ha marcado completamente este curso desde el inicio ha sido el musical de Aladín. Con los primeros castings todavía llenos de vergüenza y los primeros ensayos que parecían un caos, todo apuntaba a que sería complicado. Sin

embargo, poco a poco, con esfuerzo y constancia, todo fue encajando hasta convertirse en algo increíble.

Y así, lo que empezó con dudas ha acabado siendo un musical maravilloso, que nos ha unido muchísimo y que, sin duda, nos llevamos para siempre con nosotros.

Recordar también ese último día de clases vestidos con el uniforme. Nos miramos y de alguna manera, nos vimos reflejados en aquellas versiones más pequeñas de nosotros mismos. Y nos dimos cuenta que hay cosas que han cambiado con el tiempo, pero hay algo que permanece intacto: el cariño, el vínculo y todo lo vivido en este colegio.

Ya tenemos la PAU prácticamente encima. Aunque siempre nos la han presentado como algo difícil, aquí también nos han enseñado que con trabajo y esfuerzo todo se puede conseguir.

Hoy entendemos que crecer no significa perder la magia. Y aunque ahora nos dé vértigo el futuro, estamos a punto de subirnos a nuestra propia alfombra mágica y descubrir que hay más allá. Después de este viaje, sabemos que nunca dejamos del todo el País de Nunca Jamás, pero hoy también empezamos como diría Aladdin: Un mundo ideal.

No queremos irnos sin agradecer a toda la familia Asunción por acompañarnos y enseñarnos tanto durante todos estos años y hacer de este lugar una segunda casa para nosotros.

Gracias a todo el personal del colegio, por cuidarnos y estar siempre tan pendientes de nosotros. A los profesores, que nos habéis alumbrado el camino desde aquel primer día hasta hoy. A las religiosas por acogernos en vuestra casa y transmitirnos los valores de María Eugenia, que llevaremos con nosotros toda nuestra vida. A todas las familias, por estar siempre a nuestro lado tanto en los momentos buenos como en los no tan buenos. Gracias también a todos nuestros compañeros, los que estáis hoy aquí, y todos aquellos que aunque no sigan en el colegio, se gradúan con nosotros en nuestros corazones.

Muchas gracias y enhorabuena a todos.